

Dictaduras y Dualidad de Criterios*

Jeane Kirkpatrick**

***Profesor Titular del Departamento de Gobierno en la Universidad de Georgetown. Investigadora de número del American Enterprise Institute. Actualmente, Embajadora de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas.*

*Originalmente este artículo apareció bajo el título "Dictatorships and Double Standards" en la revista *Commentary* (Noviembre 1979), quien autorizó su edición.

Dictaduras y dualidad de criterios

Jeane Kirkpatrick

El fracaso de la política exterior de la administración Cárter se ha hecho evidente para todos, excepto para sus arquitectos, e incluso éstos deben abrigar dudas, de vez en cuando, sobre una política cuyo éxito principal ha sido establecer las bases para la transferencia del Canal de Panamá desde los Estados Unidos hacia un jactancioso dictador latino de tendencia Castrista. En los treinta y tantos meses desde la asunción de Jimmy Cárter como Presidente, se ha producido una dramática reconstrucción del poderío militar soviético, frente a un estancamiento de las Fuerzas Armadas norteamericanas, y una extensión dramática de la influencia soviética en el Cuerno de África, Afganistán, África del Sur y el Caribe, junto con una declinación de la posición norteamericana en todas estas áreas. Nunca antes los Estados Unidos han hecho un intento tan grande para hacer y mantener amigos en el Tercer Mundo y han fallado tan absolutamente.

Y como si esto fuera poco, en el presente año Estados Unidos ha sufrido dos grandes estallidos, en Irán y Nicaragua, de vasta y estratégica importancia. En cada uno de estos países, la administración Cárter no sólo falló en impedir un resultado indeseado, sino que colaboró activamente en la sustitución de autócratas moderados amigos de los Estados Unidos, por autócratas menos amistosos y de corte extremista. Todavía es muy temprano para saber con certeza qué tipo de régimen se establecerá en definitiva tanto en Irán como en Nicaragua, pero la evidencia acumulada sugiere que es tan posible que las cosas mejoren como que empeoren en ambos países. En Nicaragua, los sandinistas parecen ser tan hábiles para consolidar el poder como inepto es el Ayatollah Khomeini, y los líderes de ambas revoluciones despliegan una intolerancia y arrogancia que no son un buen presagio para la

participación pacífica en el poder o el establecimiento de gobiernos constitucionales, especialmente porque esos líderes han dejado en claro que no tienen ninguna intención de procurar ninguna de las dos cosas.

Queda la posibilidad que el debate de SALT pueda estimular una nueva revisión de la posición estratégica y la política de defensa del país, pero no hay ningún signo de que alguien se esté preocupando seriamente del rol de esta nación en los acontecimientos de Irán y Nicaragua, a pesar de las claras advertencias de que los Estados Unidos están confrontados con situaciones y opciones similares en El Salvador, Guatemala, Marruecos, Zaire y otros lugares. Sin embargo, ningún problema de la política exterior norteamericana es tan urgente como el de formular un programa, moral y estratégicamente aceptable y políticamente realista, para tratar con gobiernos no democráticos que están amenazados por una subversión patrocinada por los soviéticos. En ausencia de tal política, podemos esperar que las mismas reflexiones que guiaron a Washington en Irán y Nicaragua determinarán las acciones norteamericanas desde Corea a México, con las mismas consecuencias desastrosas para la posición estratégica de los Estados Unidos (el hecho de que la administración no haya llamado fracasos a sus políticas en Irán y Nicaragua, y probablemente no las considere como tales, complica el problema sin cambiar su naturaleza).

Sin duda, hubo diferencias significativas en las relaciones entre los Estados Unidos y cada uno de estos países durante las últimas dos o tres décadas. El petróleo, el tamaño, y la proximidad de la Unión Soviética dieron a Irán más importancia económica y estratégica que a ninguna "república" centroamericana, y se cultivaron relaciones más estrechas con el Shah, sus consejeros y su familia, que con el Presidente Somoza, sus consejeros y su familia. Las relaciones con el Shah fueron también intensificadas, probablemente, por nuestra aprobación a su determinación manifiesta de modernizar Irán sin considerar los efectos de la modernización sobre los esquemas sociales y culturales tradicionales (incluyendo aquellos que acrecentaban su propia autoridad y legitimidad). Y, por supuesto, el Shah tenía un físico más agradable y en general más lucido que Somoza; su vida privada era más romántica, más interesante para los medios de comunicación. Por lo tanto, más norteamericanos estaban más informados sobre el Shah que sobre el igualmente tenaz Somoza.

Pero aun cuando Irán era rico, bendecido con un producto que los Estados Unidos y sus aliados necesitaban desesperada-

mente, y guiado por un rey buenmozo, mientras que Nicaragua era pobre y se agitaba desde hacía largo tiempo bajo un presidente de aspecto menos impresionante, existían muchas similitudes entre los dos países y nuestras relaciones con ellos. Estas dos pequeñas naciones estaban dirigidas por hombres que no habían sido elegidos en elecciones libres, que no reconocían ningún deber de someterse a pruebas de aceptación popular. Ambos toleraban una oposición limitada, incluyendo diarios y partidos políticos, pero ambos, además, estaban enfrentados con opositores violentos y radicales inclinados hacia la revolución social y política. Ambos gobernantes, en consecuencia, invocaron en algunas ocasiones la ley marcial para arrestar, encarcelar, exiliar y, ocasionalmente se dijo, torturar a sus opositores. Para mantener el orden público ambos se apoyaban en fuerzas policiales a las que se acusaba de demasiado severas, demasiado arbitrarias y demasiado poderosas. Cada uno tenía lo que la prensa norteamericana denominó "ejércitos privados", esto es, ejércitos que prometían lealtad al gobernante antes que a la "constitución", a la "nación" u otra entidad impersonal.

En suma, tanto Somoza como el Shah eran, en términos generales, gobernantes tradicionales de sociedades semitradicionales. Aun cuando el Shah deseaba ardientemente crear una nación poderosa y tecnológicamente moderna y Somoza hizo un gran esfuerzo para introducir métodos agrícolas modernos, ninguno de los dos buscó reformar su sociedad a la luz de alguna idea abstracta de justicia social o virtud política. Ninguno intentó alterar significativamente la distribución de los bienes, el status o el poder (aunque la democratización de la educación y de la capacitación que acompañó a la modernización de Irán dio como resultado alguna redistribución del dinero y del poder).

Tanto Somoza como el Shah gobernaron durante un largo período, disfrutando de una gran fortuna personal (una gran parte de la cual sin duda fue obtenida de las arcas fiscales), y buenas relaciones con los Estados Unidos. El Shah y Somoza no sólo eran anticomunistas; ellos eran positivamente amigos de los Estados Unidos, enviaban a sus hijos y a otras personas a educarse en nuestras universidades, votaban con nosotros en Naciones Unidas y apoyaban regularmente los intereses y posiciones norteamericanos, incluso cuando esto implicaba un costo personal y político. Las embajadas de ambos gobiernos participaban activamente en la vida social de Washington y eran frecuentadas por norteamericanos poderosos que jugaban importantes papeles en la vida diplomática, militar y política de este país. Y el Shah y Somoza eran

personalmente bienvenidos en Washington y tenían amigos norteamericanos.

A pesar de que ambos gobernantes eran criticados de vez en cuando por funcionarios norteamericanos por violar los derechos civiles y humanos, el hecho de que la gente en Irán y Nicaragua sólo gozara intermitentemente de los derechos que se reconocen a los ciudadanos en las democracias occidentales no impidió que sucesivas administraciones, con el acuerdo indispensable de los sucesivos congresos, les otorgaran ayuda tanto militar como económica. Mientras el régimen no fue objeto de ataques importantes por parte de fuerzas explícitamente hostiles a los Estados Unidos, tanto en el caso de Irán como de Nicaragua hubo signos permanentes, tangibles e intangibles, del apoyo norteamericano.

Pero una vez que opositores violentos lanzaron una ofensiva, todo cambió. La aparición de una oposición seria y violenta en Irán y Nicaragua puso en movimiento una sucesión de hechos que mostraban sugestivas similitudes entre ambos, además de un parecido sugerente con nuestra conducta en China antes de la caída de Chiang Kai-shek, en Cuba antes del triunfo de Castro, en ciertos períodos cruciales de la guerra de Vietnam y, más recientemente, en Angola. En cada uno de estos países, el esfuerzo norteamericano por imponer la liberalización y la democratización a un gobierno enfrentado a una violenta oposición interna no sólo falló, sino que en realidad ayudó a la toma del poder por nuevos regímenes bajo los cuales las personas comunes gozan de menos libertades y menos seguridad personal que bajo las autocracias anteriores; más aún, regímenes hostiles a los intereses y políticas norteamericanos.

El patrón es suficientemente conocido: una autocracia establecida, con antecedentes de amistad hacia Estados Unidos, es atacada por insurgentes, algunos de cuyos líderes tienen lazos antiguos con el movimiento comunista, y la mayoría de cuyas armas son de procedencia soviética, china o checoslovaca. La presencia "marxista" es ignorada y/o minimizada por funcionarios norteamericanos y por la élite de la prensa con el argumento de que el apoyo norteamericano al dictador deja a los rebeldes con pocas opciones, excepto la de buscar ayuda "en otra parte". La violencia se extiende y los funcionarios norteamericanos se preguntan en voz alta acerca de la viabilidad de un régimen que "carece del apoyo de su pueblo". Se lamenta la ausencia de un partido de oposición y se revisan las violaciones a los derechos civiles. Los columnistas liberales se cuestionan la moralidad de continuar con la ayuda a un "dictador de derecha", y dan garantías

en relación a la esencial moderación de algunos líderes insurgentes que "tienen la esperanza" de que aparezca algún signo de que Estados Unidos recordará sus propios orígenes revolucionarios. Las peticiones de ayuda del autócrata acosado son desoídas y cada vez se oyen más voces que argumentan que deberían establecerse relaciones con los líderes rebeldes "antes de que sea demasiado tarde". El presidente, demorando la ayuda estadounidense, designa a un enviado especial que confirme el deterioro de la posición del gobierno y su poca capacidad para controlar la situación, y recomienda varias medidas para "fortalecer" y "liberalizar" el régimen, todas las cuales implican debilitar su poder.

Las recomendaciones del enviado son presentadas en el contexto de un creciente clamor para que Estados Unidos se desligue de la situación, sobre la base que el continuar involucrados confirma nuestro status como un agente del imperialismo, el racismo y la reacción; es inconsistente con el apoyo a los derechos humanos; nos aleja de las "fuerzas de la democracia", y amenaza con poner una vez más a Estados Unidos en el lado de los "perdedores" de la historia. Este coro es alimentado diariamente con entrevistas a emisarios que vienen de regreso y rebeldes "razonables".

A medida que la situación empeora, el Presidente asegura al mundo que Estados Unidos sólo desea que "el pueblo escoja su propia forma de gobierno"; paraliza el envío de armas al gobierno e inicia las negociaciones para establecer una coalición "amplia" encabezada por un crítico "moderado" del régimen, quien, una vez en el cargo, buscará rápidamente un arreglo "político" al conflicto. Si el dictador se resiste a cumplir con las exigencias norteamericanas de que deje el cargo, será rápidamente aplastado por el poderío militar de sus opositores, cuyos patrones habrán seguido entregándoles sofisticadas armas y asesores, al mismo tiempo que Estados Unidos terminaba con las ventas militares. Si el dictador está tan desmoralizado como para acceder a entregar el poder, será reemplazado por un "moderado" de elección norteamericana. Solamente una vez que los insurgentes hayan rechazado la solución política propuesta y la anarquía se haya extendido a través de la nación, se advertirá que el nuevo jefe del gobierno no tiene respaldo significativo, ninguna experiencia para gobernar y ninguna aptitud para el liderazgo. A esas alturas, los jefes militares, que ya no están ligados por lealtad al jefe del gobierno, derrocarán al vacilante "moderado" en favor de un fanático de su propia elección.

En cualquier caso, los Estados Unidos, por su propia falta de comprensión de la situación, habrán sido llevados a ayudar activa-

mente a derrocar a un amigo y aliado de otro tiempo y a instalar un gobierno hostil a los intereses y políticas norteamericanos en el mundo. En el mejor de los casos, habremos perdido acceso a un territorio amigo. Y en el peor, los soviéticos habrán ganado una nueva base. Y en todas partes nuestros amigos se habrán dado cuenta que no se puede contar con Estados Unidos en tiempos difíciles, y nuestros enemigos habrán notado que el apoyo norteamericano no proporciona ninguna seguridad frente al avance de la historia.

Ninguna crisis en particular calza exactamente con la secuencia de acontecimientos recién descrita: siempre hay variaciones sobre el tema. En Irán, por ejemplo, la administración Cárter, y el propio Presidente, apoyaron al gobernante durante un período de tiempo más largo, a pesar que, ya en diciembre de 1978, el Presidente reconocía que no sabía si el Shah sobreviviría, añadiendo que los Estados Unidos no se "involucrarían directamente". Tampoco Estados Unidos pidió jamás, públicamente, la renuncia del Shah. Sin embargo, el enviado especial del Presidente, George Ball, "según se dice, concluyó que el Shah no puede esperar mantener el poder total y debe negociar con un sector moderado de la oposición..." y "se supo que discutió varias alternativas que efectivamente disminuirían el poder del Shah" (*Washington Post*, 15 de diciembre de 1978). Más aún, no hay duda de que los Estados Unidos ayudaron a la salida del Shah y a preparar la sucesión de Bakhtiar. El compromiso de no intervención de la administración Cárter mostró ser, en Irán, más fuerte que las consideraciones estratégicas o de orgullo nacional. Lo que el resto del mundo vio como una dolorosa derrota norteamericana, para el gobierno de Estados Unidos era un asunto que debían resolver los iraníes. "Personalmente preferimos que el Shah siga jugando un papel importante en el gobierno", admitió el Presidente, "pero ésa es una decisión de los iraníes".

Los acontecimientos de Nicaragua también se apartaron del panorama presentado más arriba, tanto porque el papel de Cuba y de los soviéticos era más claro como porque los funcionarios norteamericanos estaban trabajando más intensa y públicamente en contra de Somoza. Después que el régimen de Somoza derrotara la primera ola de violencia sandinista, los Estados Unidos terminaron con la ayuda, impusieron sanciones y dieron otros pasos que minaron el status y la credibilidad del gobierno en los asuntos domésticos y extranjeros. Entre el asesinato del corresponsal de la ABC Bill Stewart por un guardia nacional a principios de junio y la victoria sandinista a fines de julio, el Departamento

de Estado norteamericano designó un nuevo embajador, quien rehusó presentar sus credenciales a Somoza, a pesar de que éste era aún jefe de Estado, y propuso reemplazar al gobierno por "un gobierno provisional de base amplia que incluiría representantes de las guerrillas sandinistas". El Secretario de Estado adjunto, Virón Vaky, aseguró a los norteamericanos que "los nicaragüenses y nuestros amigos democráticos en América Latina no tienen ninguna intención de ver a Nicaragua convertida en una segunda Cuba", a pesar de que el Departamento de Estado sabía que los más importantes líderes sandinistas tenían vínculos personales muy estrechos (y estaban en permanente contacto) con La Habana y, muy específicamente, que un oficial de la policía secreta cubana, Julián López, estaba presente con frecuencia en los cuarteles generales sandinistas y que en las filas sandinistas había asesores militares cubanos.

El gobierno de los Estados Unidos, saliéndose de la característica de la administración Cárter, que generalmente parece deseosa de negociar cualquier cosa, con cualquiera y en cualquier lugar, adoptó una postura extrañamente no comprometida al tratar con Somoza. "No hay solución posible para la crisis", dijo Vaky, "que no comience con la salida de Somoza del poder y el fin de su régimen. Ya no puede lograrse ninguna negociación, mediación o compromiso con un gobierno como el de Somoza. La solución sólo puede comenzar con un rompimiento total con el pasado". Esforzándonos, no sólo proscibimos todas las ventas de armas norteamericanas al gobierno de Nicaragua, sino que también presionamos a Israel, Guatemala y otros a hacer lo mismo, todo para asegurar una salida "democrática". Finalmente, a medida que los líderes sandinistas consolidaban el control sobre las armas y las comunicaciones, proscibían a la oposición y visitaban Cuba, el Presidente Cárter nos advertía en contra de atribuir este "cambio evolucionario" a "maquinaciones cubanas", y aseguraba al mundo que los Estados Unidos sólo deseaban "dejar que el pueblo de Nicaragua escoja su propia forma de gobierno".

Sin embargo, a pesar de todas las variaciones, la administración Cárter reanimó en las crisis de Irán y Nicaragua varios supuestos comunes, cada uno de los cuales jugó un papel importante en apresurar la victoria de dictaduras aún más represivas que las anteriores. Estos eran, primero, la creencia de que al momento de la crisis existía una alternativa democrática al gobierno en ejercicio; segundo, la creencia de que no era posible mantener el statu quo; tercero, la creencia de que cualquier cambio, incluso el establecimiento de un gobierno encabezado por revolucionarios

autodenominados marxistas, era preferible al gobierno actual. Cada una de estas creencias fue (y es) ampliamente compartida por la comunidad liberal en general. Ni una sola de ellas resiste un análisis en profundidad.

Aun cuando la mayoría de los gobiernos del mundo, como ha sido siempre, son autocracias de un tipo o de otro, no hay una idea que domine tanto en la mente de los norteamericanos educados como la creencia de que es posible democratizar los gobiernos en cualquier tiempo, lugar o circunstancia. Esta noción está desmentida por gran cantidad de evidencia basada en la experiencia de docenas de países que han intentado con más o menos (generalmente menos) éxito cambiar de un gobierno autocrático a uno democrático. Muchos de los más sabios científicos políticos de este siglo y los anteriores están de acuerdo en que las instituciones democráticas son especialmente difíciles de establecer y mantener, porque exigen mucho de todos los grupos de la población y porque dependen de complejas condiciones sociales, culturales y económicas.

Hace dos o tres décadas, cuando el marxismo gozaba de su máximo prestigio entre los intelectuales norteamericanos, eran los requisitos económicos de la democracia los que se enfatizaban por los científicos políticos. La democracia, decían ellos, sólo podrá funcionar en sociedades relativamente ricas, con una economía avanzada, una gran clase media y una población letrada, y podía esperarse que emergiera en forma más o menos automática cada vez que prevalecían estas condiciones. Hoy en día este cuadro aparece seriamente sobresimplificado. Mientras que, indudablemente, ayuda tener una economía lo suficientemente fuerte como para proveer niveles de vida decentes para todos, y suficientemente "abierta" como para proporcionar movilidad y fomentar la realización personal, son aún más esenciales una sociedad pluralista y el tipo correcto de cultura política (y el tiempo).

En su ensayo sobre *El Gobierno Representativo*, John Stuart Mill identificaba tres condiciones fundamentales que bien podría estudiar la administración Cárter. Ellas son: "Uno, que la gente esté dispuesta a recibirlo (el gobierno representativo); dos, que estén dispuestos y sean capaces de hacer lo necesario para su conservación; tres, que estén dispuestos y sean capaces de cumplir con sus deberes y funciones que éste les impone".

El cumplimiento de los deberes y funciones del gobierno representativo impone pesadas exigencias sobre líderes y ciudadanos, exigencias de participación y restricción, consenso y com-

promiso. No es necesario que todos los ciudadanos estén ávidamente interesados en la política o bien informados sobre los asuntos públicos, aun cuando se necesita un interés y movilización mucho más extendido que en las autocracias. Lo que *sí* es necesario es que un número sustancial de ciudadanos se vean a sí mismos como partícipes de las decisiones de una sociedad y no simplemente como individuos sujetos a sus leyes. Más aún, los líderes de todos los sectores importantes de la sociedad deben estar de acuerdo en buscar el poder sólo a través de los medios legales, deben (por lo menos en principio) abstenerse de la violencia, el robo y el fraude y aceptar las derrotas cuando sea necesario. Además deben estar capacitados para encontrar y crear puntos comunes entre diversos puntos de vista e intereses, y estar dispuestos correlativamente a transar en todo, salvo los valores básicos.

Además de una cultura política apropiada, el gobierno democrático requiere de instituciones lo suficientemente fuertes como para canalizar y contener conflictos. Se necesitan instituciones voluntarias, no oficiales, para articular y agregar los diversos intereses y opiniones presentes en la sociedad. De otra manera, las instituciones gubernamentales formales no serán capaces de traducir las demandas populares en políticas públicas.

En los relativamente pocos lugares en que existen, los gobiernos democráticos se han logrado lentamente, después de largas experiencias previas con fórmulas de participación más limitadas, durante las cuales los líderes se han acostumbrado a regañadientes a tolerar el desacuerdo y la oposición, los opositores han aceptado la noción de que pueden derrotar pero no destruir a los gobiernos, y la gente ha tomado conciencia de los efectos del gobierno en sus vidas y de sus propios posibles efectos sobre el gobierno. Normalmente, se requieren décadas, cuando no siglos, para que los pueblos adquieran la disciplina y los hábitos necesarios. En Gran Bretaña, el camino desde la Carta Magna al Acta de Establecimiento, a las leyes de la Reforma de 1832, 1867 y 1885, se recorrió en siete siglos. La historia norteamericana no proporciona mejores fundamentos para creer que la democracia llega fácilmente, rápidamente o con sólo pedirla. Una guerra de independencia, una constitución desafortunada, una guerra civil, un largo proceso de concesión gradual de derechos políticos, marcan nuestro proceso hacia el gobierno democrático constitucional. El camino de los franceses fue aún más difícil. El terror, la dictadura, la monarquía, la inestabilidad y la incompetencia siguieron a una revolución que se introduciría en un milenio de hermandad. Re-

cient en el siglo **XX** el principio democrático ganó finalmente aceptación general en Francia y no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial que los principios de orden y democracia, soberanía popular y autoridad, se reconciliaron, finalmente, en instituciones lo suficientemente fuertes como para contener corrientes de opinión pública en conflicto.

Aun cuando no hay ejemplos de una sociedad revolucionaria "socialista" o comunista que se haya democratizado, las autocracias de derecha algunas veces evolucionan efectivamente en democracias, si se dan el tiempo, las circunstancias económicas, sociales y políticas propicias, líderes talentosos, y una fuerte demanda de los ciudadanos por un gobierno representativo. Algo de este tipo está sucediendo en la Península Ibérica, y los primeros pasos ya se han dado en Brasil. Algo similar pudo haber sucedido en Irán y Nicaragua si la controversia y la participación se hubieran expandido en forma más gradual.

Pero parece claro que los arquitectos de la política exterior contemporánea norteamericana tienen poca idea de cómo fomentar la liberalización de una autocracia. Ni en Nicaragua ni en Irán se dieron cuenta que el único resultado probable de un esfuerzo para reemplazar a un autócrata por uno de sus críticos moderados o por una "coalición de amplia participación", será la destrucción de los fundamentos del régimen existente, sin que esto lleve a la nación más cerca de la democracia. Y, sin embargo, este resultado era absolutamente predecible. En las autocracias tradicionales, la autoridad se transmite a través de las relaciones personales: desde el gobernante a sus asociados más cercanos (parientes, miembros de su familia, amigos personales) y de éstos a las personas con las cuales los asociados mantienen lazos personales similares a su propia relación con el gobernante. La red de autoridad se deshila rápidamente cuando el poder y el status del hombre que está arriba son minados o destruidos. Mientras más tiempo ha estado el autócrata en el poder y más penetrante sea su influencia personal, más dependerán de él las instituciones nacionales. Sin él, la organización de la sociedad sufrirá un colapso, como un arco al que se le saca la base. La mezcla de cualidades que unían al ejército iraní con el Shah, o la guardia nacional con Somoza es típica de las relaciones, personal, jerárquica, no transferible que apoyan a una autocracia tradicional. La velocidad con que los ejércitos se derrumban, las burocracias abdican y las estructuras sociales se desintegran una vez que el autócrata es removido, sorprende con frecuencia a los creadores de las políticas y a los periodistas norteamericanos, acostumbrados a instituciones pú-

blicas basadas en normas universales más que en relaciones particulares.

El fracaso para entender estas relaciones es una de las fuentes del fracaso de la política estadounidense en esta y previas administraciones. Sin embargo, también existen otras. En Irán y en Nicaragua (así como sucedió previamente en Vietnam, Cuba y China), Washington sobreestimó la diversidad política de la oposición, especialmente la fuerza de los "moderados" y "demócratas" del movimiento de oposición; subestimó la fuerza y la intransigencia de los radicales del movimiento, y evaluó erróneamente la naturaleza y extensión de la influencia norteamericana tanto en el gobierno como en la oposición.

La confusión respecto del carácter de la oposición, especialmente su intransigencia y su deseo de alcanzar el poder, regularmente lleva a calcular por debajo de lo necesario la fuerza requerida para contrarrestar su violencia. Ni en Irán ni en Nicaragua Estados Unidos calculó adecuadamente los problemas del gobierno para mantener el orden en una sociedad enfrentada con una oposición ideológicamente extrema. Sin embargo, la presencia de tales grupos era de sobra conocida. El informe del Departamento de Estado sobre los derechos humanos en 1977 describía a un Irán enfrentado:

a un pequeño número de terroristas de extrema derecha e izquierda operando en el país. Hay pruebas de que ellos han recibido considerable ayuda y entrenamiento extranjeros... (y) han sido responsables del asesinato de funcionarios de gobierno iraníes y norteamericanos...

El mismo informe caracterizaba a los opositores de Somoza en los siguientes términos:

Una organización guerrillera conocida como el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) busca el derrocamiento violento del gobierno y ha recibido ayuda limitada de Cuba. El FSLN llevó a cabo una operación en Managua en diciembre de 1974, matando a cuatro personas, tomando como rehenes a varios funcionarios... desde entonces, continúa desafiando a la autoridad civil en ciertas regiones aisladas.

En 1978, el informe del Departamento de Estado decía que la violencia sandinista continuaba, después que el gobierno de Somoza había levantado el estado de sitio.

Cuando los norteamericanos encargados de fijar las políticas, y la prensa liberal, interpretan la insurgencia como prueba de un descontento popular muy extendido y una aspiración a la demo-

cracia, el escenario está listo para el desastre. Porque si la lucha civil refleja una demanda popular de democracia, de ello se sigue que un gobierno "liberalizado" será más aceptable para la "opinión pública".

Así, en la esperanza de fortalecer a un gobierno, los encargados de fijar la política norteamericana son llevados, error tras error, a imponer medidas que, casi con seguridad, debilitarán su autoridad. Los esfuerzos apresurados por forzar complejas y poco familiares prácticas políticas en sociedades que carecen de los requisitos de cultura política, tradición y estructuras sociales, no sólo no producen el resultado esperado; si son llevados a efecto en un momento en que el régimen tradicional está siendo atacado, en realidad facilitan el trabajo a los insurgentes.

Vietnam nos enseñó, presumiblemente, que los Estados Unidos no podían ser el policía del mundo; también debería habernos enseñado los peligros de intentar ser la matrona mundial de la democracia, cuando el nacimiento ocurrirá bajo condiciones de guerra de guerrillas.

Si las acciones de la administración en Irán y Nicaragua reflejan el fuerte y erróneo supuesto de que se pueden encontrar e imponer fácilmente alternativas democráticas a las autocracias, también reflejan la creencia igualmente fuerte y defectuosa de que el cambio per se en tales autocracias es inevitable, y en interés de los norteamericanos. Es esta creencia la que induce a la administración Cárter a participar en el derrocamiento de autocracias no comunistas mientras se mantiene pasiva frente a la expansión comunista.

En la época que asumió la administración Cárter, se informó ampliamente que el Presidente había reunido a un grupo que compartía un nuevo enfoque de la política exterior y una nueva concepción del interés nacional. Se dijo que los elementos principales de este nuevo enfoque eran dos: la convicción de que la guerra fría había terminado y la convicción de que los Estados Unidos, llegado el caso, debían dar prioridad a los problemas Norte-Sur y ayudar a los países menos desarrollados a lograr su propio destino.

Estos cambios llevan envuelto más de lo que parece a primera vista. Porque, por improbable que parezca, la política exterior de la administración Cárter está guiada por una filosofía de la historia relativamente madura, que incluye, como sucede con todas las filosofías de la historia, una teoría del cambio social o, como se la denomina actualmente, una doctrina de la moderniza-

ción. Al igual que la mayoría de las filosofías de la historia que han aparecido en Occidente desde el siglo XVIII, la doctrina de la administración Cárter predice el progreso (en la forma de modernización para todas las sociedades) y un final feliz (en la forma de una comunidad mundial de naciones desarrolladas autónomas).

El enfoque de los asuntos exteriores de la administración Cárter fue anticipado claramente en el libro de Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages*, publicado en 1970, sobre el rol de los Estados Unidos en la "era tecnetrónica". En el libro, Brzezinski mostraba que tenía la imaginación para ver más allá de la guerra fría, hacia un desafiante mundo nuevo de política e interdependencia globales. El decía que para enfrentar ese nuevo mundo, estaba "desarrollándose" un nuevo enfoque, que Brzezinski denominaba "humanismo racional". En el nuevo enfoque, la "preocupación" por la "supremacía nacional" dejaba su lugar a perspectivas "globales", y los problemas internacionales serían vistos como "asuntos humanos" antes que como "confrontaciones políticas". El marco de referencia intelectual tradicional para enfrentar la política exterior tendría que ser desechado:

*Hoy en día, el viejo marco de referencia de la política internacional... con sus esferas de influencia, alianzas militares entre estados, la ficción de la soberanía, conflictos doctrinarios surgidos de las crisis del siglo XIX, claramente no se compadece con la realidad.**

Sólo el "desarrollo retardado" de la Unión Soviética, "una comunidad religiosa arcaica que experimenta el modernismo existencialmente pero no aún normativamente", impedía percibir más claramente que el fin de la ideología estaba llegando. Para los Estados Unidos, Brzezinski recomendaba "una buena dosis de paciencia", una actitud de mayor desapego por los procesos revolucionarios mundiales, y una preocupación menos ansiosa por la

*Respecto de América Latina, Brzezinski observaba: "El nacionalismo latinoamericano, cada vez más radical a medida que amplía su base popular, será dirigido con creciente animosidad hacia los Estados Unidos a menos que éste cambie rápidamente su postura. Por lo tanto, sería prudente que los Estados Unidos hicieran un movimiento explícito para alejarse de la doctrina Monroe, concediendo que en la nueva edad global, la continuidad geográfica y hemisférica no es, necesariamente, políticamente decisiva. Nada sería más saludable para las relaciones panamericanas que Estados Unidos las ubicara al mismo nivel que sus relaciones con el resto del mundo, limitándose a enfatizar las afinidades político-culturales (como lo hace con Europa Occidental), y las obligaciones económico-sociales (como lo hace con países menos desarrollados).

Unión Soviética. En vez de tomar parte en viejos pasatiempos diplomáticos, deberíamos hacer "un mayor esfuerzo para contener las tendencias globales hacia el caos", mientras ayudamos al proceso de cambio que llevará al mundo hacia la "comunidad de naciones desarrolladas".

La preocupación central del libro de Brzezinski, como así también de la política exterior de la administración Cárter, es la modernización del Tercer Mundo. Desde el comienzo, la administración ha manifestado un interés especial e intenso en los problemas del llamado Tercer Mundo. Pero en lugar de mirar los desarrollos internacionales en términos del interés nacional norteamericano, tal como se ha concebido históricamente el interés nacional, los arquitectos de las políticas de la administración los han mirado en términos de la versión contemporánea de la misma idea de progreso que ha traumatizado las imaginaciones occidentales desde la Ilustración.

En su forma actual, el concepto de modernización implica más que industrialización y "desarrollo político" (sea lo que sea esto último). En lugar de ello se utiliza para designar "... el proceso a través del cual pasa una sociedad tradicional o pretecnológica a medida que se transforma en una sociedad caracterizada por la tecnología, actitudes racionales y seculares y estructuras sociales altamente diferenciadas". Condorcet, Comte, Hegel, Marx y Weber están presentes en esta visión de la historia como la realización de la idea de la modernidad.

Los elementos cruciales del concepto de modernización han sido explicados claramente por Samuel P. Huntington (quien, a pesar de haberse desempeñado en el Consejo de Seguridad Nacional, no fue ciertamente el arquitecto de la política de la administración). El paradigma de la modernización, ha observado Huntington, postula un proceso de cambio progresivo: complejo, porque involucra todas las dimensiones de la vida humana en la sociedad; sistémico, porque sus elementos interactúan en formas predecibles y necesarias; global, porque todas las sociedades pasarán, necesariamente, por la transición desde lo tradicional hacia lo moderno; demoroso, porque se necesita tiempo para modernizar la organización económica y social, el carácter y la cultura; en etapas, porque cada sociedad que se moderniza debe pasar, esencialmente, por los mismos estados; homogeneizador, porque tiende a la convergencia e interdependencia de las sociedades; irreversible, porque la dirección del cambio está "dada" por la relación de los elementos del proceso; progresivo, en el

sentido de que es deseable, y en el largo plazo proporciona beneficios significativos para los afiliados.

Aunque el paradigma de la modernización ha demostrado ser una herramienta útil así como influyente en las ciencias sociales, ha llegado a ser objeto de penetrantes estudios críticos que han desafiado uno por uno sus supuestos centrales. Sus limitaciones como una herramienta de análisis palidecen, sin embargo, cuando se comparan con sus insuficiencias como un marco de referencia para el estudio de la política externa, donde sus principales efectos son el fomentar la visión de que los acontecimientos son manifestaciones de profundas fuerzas históricas que no pueden ser controladas y que lo mejor que puede hacer un gobierno es servir de "matrona" a la historia, ayudando a que los acontecimientos se muevan hacia donde ya están dirigidos.

Esta perspectiva de los acontecimientos contemporáneos es optimista, en el sentido que predice un continuo progreso humano; determinista, en el sentido que percibe los acontecimientos como determinados por procesos sobre los cuales las personas y las políticas pueden tener poca influencia; moralista, en el sentido que ve a la historia y a la política estadounidense como teniendo fines morales; cosmopolita, en el sentido que intenta ver el mundo no desde la perspectiva de los intereses o las intenciones norteamericanas, sino desde la perspectiva de la nación que se moderniza y de la "finalidad" de la historia. Identifica modernización con revolución y moralidad, y a las tres con la política estadounidense.

La idea de que son más bien las "fuerzas" y no las personas las que moldean los acontecimientos se repite cada vez que un vocero de la administración plantea o explica la política. El Presidente, por ejemplo, nos aseguró en febrero de este año:

La revolución en Irán es producto de profundos factores sociales, políticos, religiosos y económicos que surgen de la propia historia de Irán.

Y de Asia dijo:

Hay en la actualidad agitación y cambio desde un extremo al otro del océano Índico; algunos disturbios, como es el caso de Indochina, son producto de enemistades de siglos, inflamadas por la rivalidad de influencia entre fuerzas contradictorias. En otros países, la estabilidad está siendo sacudida por el proceso de modernización, la búsqueda de la identidad nacional o el deseo de realizar legítimas esperanzas y aspiraciones humanas.

Harold Sanders, Secretario Adjunto para los Asuntos del Sur y

Cercano Oriente Asiático, comentando la "inestabilidad" de Irán y el Cuerno de África, declara:

Nosotros reconocemos, por supuesto, que están ocurriendo cambios fundamentales en esta área del Asia Occidental y del Nororiente de África: modernización económica, cambio social, resurgimiento de la religión, un nacionalismo resurgente, demandas por una participación popular más amplia en el proceso político. Estos cambios son generados por fuerzas internas a cada país.

O aquí está Anthony Lake, jefe del Equipo Planificador de Políticas del Departamento de Estado, hablando sobre Sudáfrica:

Vendrá el cambio en Sudáfrica. El bienestar de los habitantes y los intereses norteamericanos serán afectados profundamente según la forma en que se presente. La pregunta es si éste será pacífico o no.

Brzezinski aclara aún más el punto. Hablando como jefe del Consejo de Seguridad Nacional nos ha asegurado que las luchas por el poder en Asia y África son en realidad sólo incidentes en el camino hacia la modernización:

..... todos los países en desarrollo, en el arco que va desde el noreste de Asia al sur de África, continúan buscando formas viables de gobierno, capaces de administrar el proceso de modernización.

No importa que las invasiones, golpes, guerras civiles y luchas políticas de tipo menos violento que uno ve en todas partes no parezcan ser incidentes en la búsqueda personal global para manejar el proceso de modernización. Ni Brzezinski ni ninguna otra persona parece molestarse por el hecho de que los partícipes políticos en ese arco que va desde el noreste de Asia al sur de África no *sepan* que están "buscando formas viables de gobierno capaces de administrar el proceso de modernización". Los móviles y las intenciones de las personas de carne y hueso no son más pertinentes para el paradigma de la modernización de lo que lo son para la visión marxista de la historia. Visto desde este nivel de abstracción, son las "fuerzas" más que las personas las que cuentan.

¿Qué pasa entonces si las "profundas fuerzas históricas" que están en desarrollo en lugares tan diversos como Irán, el Cuerno de África, el Sudeste Asiático, América Central y las Naciones Unidas parecen rusas o cubanas? Una vez superado lo que el Presidente llamó nuestro "inmoderado temor hacia el comunismo", que él identifica con la guerra fría, deberíamos, se nos dice, ser capaces de distinguir las "maquinaciones" soviéticas y cuba-

nas, las que, en todo caso, existen principalmente en las mentes de los partidarios de la guerra fría y otros culpables de sobresimplificar el mundo, de los cambios evolucionarios, que parecen ser el único tipo que actualmente se da.

¿Qué puede hacer un Presidente de los Estados Unidos enfrentado a procesos tan complicados, inexorables e impersonales? La respuesta, ofrecida una y otra vez por el Presidente y sus más cercanos colaboradores, es poca. Como los acontecimientos no son causados por decisiones humanas, no puede ponérseles fin o alterárseles a través de ellas. Brzezinski, por ejemplo, ha dicho: "Nosotros reconocemos que el mundo está cambiando bajo la influencia de fuerzas que ningún gobierno puede controlar..." Y Cyrus Vane ha advertido: "El hecho es que ya no podemos parar el cambio más de lo que Canuto pudo tranquilizar las aguas".

La visión esencialmente determinista y apolítica de la administración Cárter respecto de los acontecimientos contemporáneos desincentiva una respuesta norteamericana activa y fomenta la pasividad. La incapacidad norteamericana para influir en los acontecimientos de Irán se transformó en la canción principal del Presidente.

Quienes sostienen que los Estados Unidos deberían o podrían intervenir directamente para impedir [la revolución en Irán] se equivocan acerca de la realidad de Irán... Hemos fomentado en la medida de nuestra propia limitada capacidad el apoyo público al gobierno de Bakhtiar... Cuánto tiempo estará [el Shah] fuera de Irán, no tenemos cómo saberlo. Los acontecimientos futuros y sus propios deseos lo decidirán... Es imposible anticipar todo futuro acontecimiento político. ...Aun cuando hubiéramos sido capaces de anticipar los acontecimientos que tendrían lugar en Irán o en otros lugares, nuestra capacidad para determinar acontecimientos es muy limitada.

Vane declaró lo mismo:

Nuestra política en Irán a lo largo de la actual crisis ha estado fundada en el hecho de que sólo los iraníes pueden resolver los asuntos políticos fundamentales que enfrentan en este momento.

Donde una vez un Presidente norteamericano hubiera enviado marines para asegurar la protección de los intereses estratégicos norteamericanos, ahora no hay lugar para la fuerza en este mundo de progreso y autodeterminación.

La fuerza, nos dijo el Presidente de Notre Dame, no da resultado; ésta es la lección que él sacó de Vietnam. Ofrece sólo soluciones "superficiales". Respecto a Irán, dijo:

Ciertamente, no tenemos ningún deseo o capacidad para introducir fuerzas masivas en Irán o en cualquier otro país para determinar el resultado de los asuntos políticos domésticos. Esto es algo que no tenemos ninguna intención de hacer jamás en otro país. Ya lo intentamos en Vietnam, no resultó, como ustedes bien saben.

No había nada especial respecto de Irán. En Nicaragua, el clima y el idioma eran diferentes, pero las "fuerzas históricas" y la respuesta norteamericana fueron las mismas. La intervención militar estaba fuera de discusión. El Secretario de Estado Adjunto, Virón Vaky, describió como "impensable" el "uso del poder militar norteamericano para intervenir en los asuntos internos de otra república americana". Vanee dio idénticas garantías respecto de África, aseverando que no deberíamos tratar de empatar las actividades soviéticas y cubanas en el área.

¿Cuál es la función de la política exterior bajo estas condiciones? Es la de entender los procesos de cambio y luego, al igual que los marxistas, ponernos en el curso de la historia, con la esperanza de contribuir en algo a la estabilidad durante el camino. Y esto, nos aseguran los voceros de la administración, es precisamente lo que estamos haciendo. La administración Cárter ha definido el interés nacional norteamericano en el Tercer Mundo como idéntico al fin putativo del proceso de modernización. Vanee expuso esto con candor característico en una reciente declaración, cuando explicó que la política de los Estados Unidos frente al Tercer Mundo está "fundada en la convicción de que como mejor servimos nuestros intereses allí es apoyando los esfuerzos de las naciones en desarrollo para mejorar su economía y conservar su independencia política". Nuestro "compromiso al estímulo del cambio constructivo en todo el mundo" (palabras de Brzezinski) ha sido garantizado en cualquier contexto concebible.

Pero hay un problema. Los contextos concebidos terminan siendo principalmente aquellos en que autocracias no comunistas están bajo presión de guerrillas revolucionarias. Como en nuestros días Moscú es el poder agresivo y expansionista, la mayoría de las veces son insurgentes fomentados y armados por la Unión Soviética los que desafían el statu quo. El compromiso norteamericano con el "cambio" en abstracto termina alineándonos tácitamente con clientes soviéticos y extremistas irresponsables tales como el Ayatollah Khomeini o, por último, Yasir Arafat.

Hasta aquí, el apoyo al "cambio" no ha guiado a la administración Cárter a emprender la desestabilización de un país *comunista*. Los principios de autodeterminación y de no intervención

son aplicados selectivamente. Parecemos aceptar el statu quo en las naciones comunistas (en nombre de la "diversidad" y autonomía nacional), pero no en naciones gobernadas por dictadores de "derecha" u oligarquías blancas. Respecto a China, por ejemplo, Brzezinski ha dicho: "Reconocemos que la RPC y nosotros tenemos ideologías y sistemas económicos y políticos diferentes no abrigamos ni la esperanza ni el deseo de que a través de extensos contactos podamos rehacer esa nación a imagen norteamericana. Efectivamente, aceptamos nuestras diferencias".

Del Sudeste Asiático, el Presidente dijo en febrero:

Nuestro interés es el de promover la paz y el retiro de las fuerzas foráneas y no el de envolvernos en el conflicto entre naciones asiáticas. Y, en general, nuestro interés está en promover la salud y el desarrollo de sociedades individuales, no con un molde cortado exactamente igual al nuestro en los Estados Unidos, sino hecho a la medida de las esperanzas y las necesidades y los deseos de las personas involucradas.

Pero la posición de la administración cambia agudamente cuando se discute Sudáfrica. Por ejemplo, Anthony Lake aseguró a fines de 1978:

..... Le hemos hecho ver a Sudáfrica que si no progresa significativamente hacia la igualdad social, sus relaciones con la comunidad internacional, incluido Estados Unidos, están destinadas a deteriorarse.

A través de los años hemos tratado, mediante una serie de pasos progresivos, de demostrar que Estados Unidos no puede estar asociado, ni lo estará, a la práctica continua del apartheid.

En lo que respecta a Nicaragua, Hodding Cárter III dijo en febrero de 1979:

La resistencia del gobierno de Nicaragua a aceptar la proposición del grupo OEA, la perspectiva que resulta de ello para la renovación y la polarización, y la situación de los derechos humanos en Nicaragua... inevitablemente afectan el tipo de relaciones que podemos mantener con ese gobierno...

Y Cárter comentó respecto a las autocracias latinoamericanas:

Mi gobierno no será disuadido de proteger los derechos humanos, incluyendo los derechos económicos y sociales en todas las formas que podamos. Preferimos llevar a cabo acciones positivas, pero allí donde las naciones persistan en serias violaciones de los derechos humanos, continuaremos demostrando que el desconocimiento flagrante de los patrones internacionales tienen un costo.

Algo muy extraño está ocurriendo aquí. ¿Cómo una adminis-

tración que desea permitir que los pueblos alcancen sus propios destinos se involucra en firmes esfuerzos de reforma en Sudáfrica, Zaire, Nicaragua, El Salvador y otros lugares? ¿Cómo puede una administración comprometida con la no intervención en Camboya y Vietnam anunciar que "no será disuadida" de corregir errores en Sudáfrica? ¿Qué debe hacerse con una administración que ve el interés de Estados Unidos como idéntico a la modernización económica y la independencia política, y que sin embargo pone descuidadamente en peligro la independencia de Taiwán, un país cuyo éxito en la modernización económica y distribución igualitaria de la riqueza es inigualado en Asia? El contraste es tan impactante como el que existe entre el apuro frenético de la administración por reconocer a la nueva dictadura en Nicaragua y su negativa permanente a reconocer al gobierno elegido en Zimbabwe Rhodesia, o su negativa a mantener cualquier presencia en Zimbabwe Rhodesia mientras mantiene una oficina de informaciones norteamericana en Cuba. No sólo hay una ideología y un doble criterio operando aquí, sino que, además, la ideología ni calza ni explica la realidad, y el doble criterio lleva a la administración a una contradicción global de sus propios principios.

Las inconsistencias son parte conocida de la política en la mayoría de las sociedades. Con frecuencia, sin embargo, los gobiernos se conducen hipócritamente cuando sus principios entran en conflicto con el interés nacional. Lo que hace a las inconsistencias de la administración Cárter dignas de notar es, primero, el moralismo de la administración, que la hace especialmente vulnerable a los cargos de hipocresía, y, segundo, la predilección de la administración por políticas que violan los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos. El concepto de interés nacional de la administración bordea el doblez: encuentra que los gobiernos amigos son representantes culpables del statu quo, y ve como beneficioso para los "verdaderos intereses" norteamericanos el triunfo de grupos hostiles.

Esta lógica está obviamente reforzada por los prejuicios y preferencias de muchos de los funcionarios de la administración. Las autocracias tradicionales son, en general, y por su propia naturaleza, profundamente ofensivas para las sensibilidades norteamericanas. La noción de que los asuntos públicos deban ser ordenados sobre la base del parentesco, la amistad y otras relaciones personales, antes que sobre la base de patrones objetivos y "racionales", viola nuestra concepción de la justicia y la eficiencia. La preferencia por la estabilidad más que por el cambio también es inquietante para los norteamericanos, cuya experien-

cía nacional completa descansa en los principios de cambio, crecimiento y progreso. Los extremos de riqueza y pobreza característicos de las sociedades tradicionales también nos ofenden, más que nada porque los pobres son *muy* pobres y están condenados a su miseria por una asignación de roles hereditaria. Más aún, los norteamericanos interpretan, probablemente, la relativa falta de preocupación de gobernantes ricos y cómodos por la pobreza, la ignorancia y las enfermedades de "su" pueblo como pura y simple negligencia moral. La verdad es que los norteamericanos difícilmente pueden soportar tales sociedades y tales gobernantes. Enfrentados a ellas, nuestro ostentado relativismo cultural se evapora y nos ponemos tan criticones como Cotton Mather enfrentado al pecado en Nueva Inglaterra.

Pero si la política de las autocracias tradicionales o semitradicionales es casi la antítesis de la nuestra, tanto en el nivel simbólico como operacional, la retórica de los revolucionarios progresistas nos suena mucho mejor; sus símbolos son mucho más aceptables. Una de las razones por las cuales algunos modernos norteamericanos prefieren las autocracias "socialistas" a las tradicionales reside en que los primeros han abrazado la doctrina de la modernidad y han adoptado modos y perspectivas modernas, incluyendo una orientación instrumental, manipulativa y funcional hacia la mayoría de los asuntos sociales culturales y personales; una profesión de normas universalísticas; un énfasis en la razón, la ciencia, la educación y el progreso; han reducido el énfasis en lo sagrado; y organizaciones "racionales" y burocráticas. Ellos hablan nuestro idioma.

Porque el socialismo de la variedad soviético/chino/cubano es una ideología enraizada en una versión de los mismos valores que animaron la Ilustración y las revoluciones democráticas del siglo XVIII; porque es moderno y no tradicional; porque postula metas que llaman tanto a los valores cristianos como seculares (la hermandad de los hombres, la eliminación del poder como forma de relaciones humanas), es altamente agradable para muchos norteamericanos en el nivel simbólico. Los marxistas revolucionarios hablan el idioma de un pasado poco atractivo. Porque los revolucionarios de izquierda invocan los símbolos y valores de la democracia, enfatizando la igualdad antes que la jerarquía y el privilegio, la libertad antes que el orden, la actividad antes que la pasividad, una y otra vez son aceptados como partidarios de la causa de la libertad y la democracia.

En ninguna parte la afinidad entre liberalismo, cristianismo y socialismo marxista es más aparente que entre los liberales que

son llevados incautamente una y otra vez a apoyar a "liberadores" que resultan ser totalitarios, y entre los clérigos con tendencias de izquierda cuya atracción por el estilo secular de "comunidades redentoras" es más fuerte que su indignación por la hostilidad de los regímenes socialistas hacia la religión. En Jimmy Carter, igualitario, optimista, liberal, cristiano, la tendencia a rechazar los gobernantes francamente no democráticos y las sociedades jerárquicas es casi tan fuerte como la tendencia a ser atraído por la idea de la revolución popular, la liberación y el progreso. Carter es, por excelencia, la clase liberal que más probablemente confundirá revolución con idealismo, cambio con progreso, optimismo con virtud.

Mientras la preocupación por el "cerco socialista", la expansión soviética, y las concepciones tradicionales de interés nacional inoculaban a sus predecesores contra ecuaciones tan fáciles, la doctrina Carter del interés nacional y modernización fomenta el apoyo a todos los cambios que tienen lugar en nombre "del pueblo", sin importar su "superficial" contenido marxista o antiamericano. Cualquiera duda acerca de si los Estados Unidos deberían, en caso de conflicto, apoyar a "amigos probados" tales como el Shah, o poderes amigos como Zimbabwe Rhodesia en contra de un oponente que nos desprecia, se resuelve en relación con nuestra "verdad" o interés "a largo plazo".

Stephen Rosenfeld, del *Washington Post*, describió el compromiso de la administración Carter con esta clase de "liberalismo progresista":

La administración Carter llega al poder, después de todo, comprometida precisamente a reducir el centralismo de la competencia estratégica con Moscú en la política exterior americana, y a extender la asociación de los Estados Unidos con lo que preparaba a aceptar como legítima onda del futuro: movimientos populares alrededor del mundo, antes que nada con el movimiento victorioso de Vietnam. Indochina, supuestamente, debía ser el estado donde los americanos podrían demostrar su intento "post-Vietnam" de entenderse con los elementos progresivos populares que Kissinger, el villano, había negado.

En otras palabras, la administración Carter, nos dice Rosenfeld, llegó al poder resuelta a no valorar el desarrollo internacional a la luz de la perspectiva de la "guerra fría", sino que a aceptar las demandas de los grupos revolucionarios de representar aspiraciones "populares" y fuerzas "progresistas" sin tomar en cuenta las ataduras de estos revolucionarios con la Unión Soviética. En este sentido, la apertura se dirigió a la "normalización" de las relacio-

nes con Vietnam, Cuba y la República Popular China, y se tomaron medidas para enfriar las relaciones con Corea del Sur, Sudáfrica, Nicaragua, Filipinas y otros. Este movimiento siguió naturalmente a la convicción de que los Estados Unidos había estado, tal como nuestros enemigos decían, en el lado equivocado de la historia, al apoyar el statu quo y al oponerse a la revolución.

Uno podría haber pensado que esta perspectiva habría sido minada por los acontecimientos del sudeste Asiático desde el triunfo, allí, de las fuerzas "progresistas" sobre los "agentes de la reacción". Para citar a Rosenfeld de nuevo:

En los tiempos de esta administración, Vietnam se ha transformado para la mayoría de la opinión pública norteamericana, de un país hechado a perder por Estados Unidos, a uno que ha dejado al descubierto su esencia brutal.

Este ha sido un trauma "tranquilo" pero importante para la gente de Cárter (como para todos los liberales) debilitando su auto-confianza y sus pretensiones de "confianza pública".

Presumiblemente, sin embargo, la barbaridad de los gobiernos "progresistas" de Cambodia y Vietnam ha sido menos traumática para el Presidente y sus asesores que para Rosenfeld, ya que hay poca evidencia de cambios en la predisposición en los niveles cruciales de la Casa Blanca y del Departamento de Estado. El Presidente continúa comportándose como antes, no como un hombre que detesta los autócratas, sino como uno que sólo aborrece a los autócratas de extrema derecha.

En efecto, altos funcionarios de la administración Cárter entienden mejor de lo que parece el carácter agresivo y expansionista del comportamiento contemporáneo soviético en África, el Medio Oriente, el Sudeste Asiático, el Océano Indico, América Central y el Caribe. Pero aunque el rol ruso/cubano en Grenada, Nicaragua y El Salvador (más la transferencia de MIG-23 a Cuba) ya había impulsado a reasumir la vigilancia sobre Cuba (lo que a su vez confirmó la presencia de brigadas soviéticas de combate), los deseos del Presidente de "no agitar" el clima de la opinión pública siguieron siendo más fuertes que su compromiso de hablar la verdad al pueblo americano. Su juicio sobre Nicaragua refleja claramente estas prioridades:

Es un error para los americanos suponer o asegurar que cada vez que se produce un cambio evolutivo en el hemisferio, este, de alguna manera, es el resultado de una intervención masiva secreta de Cuba. El hecho en Nicaragua, es que el régimen de Somoza perdió la confianza de la gente. Para provocar allá una transición ordenada, nuestro esfuerzo fue dejar que la gente de Nicaragua

decidiera en última instancia quién sería su líder, qué forma de gobierno debían tener.

Esta afirmación que, presumiblemente, representa el mejor pensamiento del Presidente sobre el asunto, es iluminadora. Los esfuerzos de Cárter por rebajar la preocupación sobre los acontecimientos militares en ese país específico, sobre la base de que esta es una manifestación de una tendencia nacional a descubrir "maquinaciones cubanas" bajo cada cama, constituye un esfuerzo sorprendente por falsificar la realidad. No había nada en Nicaragua de "cambio evolutivo", o de atribuir tales cambios a los agentes de Castro. Había sólo un problema en relación a la respuesta de los Estados Unidos a una lucha militar en un país cuya ubicación le da una importancia estratégica que excede la que correspondería a su tamaño o fuerza.

Pero esto no es todo. El resto de la afirmación presidencial ilustra gráficamente el ciego poder de la ideología en su interpretación de los acontecimientos. Cuando él dice que "el régimen de Somoza perdió la confianza del pueblo", el Presidente piensa implícitamente que, previamente el régimen había descansado en la confianza "del pueblo", pero que ahora la situación ha cambiado. De hecho, el régimen de Somoza no descansó jamás en la voluntad popular (pero, en cambio, sí en manipulaciones, fuerza y hábito), y no fue desalojado por ella. Fue sucumbiendo, en cambio, a las armas y soldados. Sin embargo, el suponer que el conflicto armado entre sandinistas y somozistas fue el equivalente militar de un referendun nacional capacita al Presidente para imaginar que puede y debe ser solucionado por el pueblo de Nicaragua. Para que estos piadosos sentimientos parecieran ciertos, el Presidente habría tenido que desconocer que los insurgentes estaban recibiendo un gran número de armas de otros nicaragüenses; y que los Estados Unidos habían jugado un papel importante en el desarme del régimen de Somoza.

Los errores y distorsiones del Presidente están de moda. Sus supuestos son aquellos que tienen quienes quieren desesperadamente estar en el lado progresista de los conflictos entre la autocracia "derechista" y los desafíos "izquierdistas", y preferir los últimos casi sin tomar en cuenta las probables consecuencias.

Con seguridad, ni el Presidente, ni Vanee, ni Brzezinski *desean* la proliferación de regímenes prosoviéticos. Cada uno a desaprobado la "interferencia" soviética en el proceso de modernización. Pero cada uno, sin embargo, sigue deseando "desestabilizar" autocracias amigas o neutrales, sin ninguna seguridad que ellas no serán reemplazadas por teocracias reaccionarias totalita-

DUALIDAD DE CRITERIOS

rías, estados totalitarios, clientes soviéticos, o peor aún, por asesinos fanáticos de la variedad Pol Pot.

La política exterior de la administración Cárter, falla no por falta de buenas intenciones, sino por falta de realismo sobre la naturaleza de las autocracias tradicionales versus las revolucionarias y la relación de cada una con el interés nacional norteamericano. Sólo la moda intelectual y la tiranía del pensamiento Derecha/Izquierda impide que los hombres inteligentes de bien, perciban el hecho de que los gobiernos autoritarios tradicionales son menos represivos que las autocracias revolucionarias, son más susceptibles de liberalizar, y más compatibles con los intereses de los Estados Unidos. La evidencia sobre todos estos puntos es suficientemente clara.

Seguramente, ahora queda fuera de cualquiera duda razonable el que los actuales gobiernos de Vietnam, Cambodia, Laos, son mucho más represivos que aquellos de los despreciados gobernantes previos; que el gobierno de la República Popular China es más represivo que el de Taiwán, que Corea del Norte es más represiva que Corea del Sur, y así por el estilo. Esta es la lección más importante de Vietnam y Cambodia. No es nueva, pero sí es un recuerdo aterrador de duros hechos.

De vez en cuando, puede llegar al poder, en cualquier tipo de autocracia, algún gobernante verdaderamente bestial, Idi Amin, Papa Doc Duvalier, Joseph Stalin, Pol Pot son ejemplos; pero ningún tipo produce regularmente tales monstruos morales (aunque una democracia, generalmente, evita que ellos asciendan al poder). Hay, sin embargo, diferencias *sistemáticas* entre las autocracias tradicionales y las revolucionarias que tienen un efecto predecible sobre su grado de represión. Hablando en términos generales, los autócratas tradicionales toleran las iniquidades sociales, la brutalidad y la pobreza mientras que las autocracias revolucionarias las crean.

Los autócratas tradicionales dejan en su lugar las distribuciones existentes de riqueza, poder, status y otros recursos, que en la mayoría de las sociedades tradicionales favorecen a unos pocos y mantienen las masas en la pobreza. Pero ellos adoran dioses tradicionales y observan tabúes tradicionales. No alteran el ritmo habitual de trabajo y descanso, lugares de residencia, patrones habituales de familia y relaciones personales. Porque las miserias de la vida tradicional son familiares, son soportables para la gente común que, creciendo en la sociedad, aprenden a aceptar, tal como los niños nacidos de los intocables en India adquieren las destrezas y actitudes necesarias para sobrevivir en los miserables

roles que están destinados a cumplir. Tales sociedades no crean refugiados.

Precisamente lo opuesto sucede en los regímenes comunistas revolucionarios. Ellos crean refugiados por millones, ya que exigen jurisdicción sobre toda la vida de la sociedad y demandan cambios que violan valores y hábitos internalizados en tal forma, que los habitantes huyen por decenas de miles con la notable esperanza que sus actitudes, valores, y objetivos se "acomoden" mejor en un país extranjero que en su tierra nativa.

El ex Presidente de la Asamblea Nacional Vietnamita desde 1976 hasta su destitución a comienzos de agosto de 1979, Hoang Van Hoan, describió recientemente el impacto de la revolución vietnamita, en pleno desarrollo, sobre el más de un millón de habitantes chinos de ese país.

Han sido expulsados de lugares donde han vivido por generaciones. Han sido desposeídos virtualmente de todas sus posesiones, sus tierras, sus casas. Han sido conducidos a áreas llamadas "nuevas zonas económicas", pero no se les ha dado ninguna ayuda.

¿Cómo pueden prolongar la vida en tales condiciones? Gradualmente, van muriendo por numerosas razones: enfermedades, la vida dura. También mueren de humillación.

No son sólo los chinos los que han sufrido en el Sudeste Asiático desde la "liberación", y no es sólo en Vietnam donde los chinos sufren. Al final de 1978 más de seis millones de refugiados habían abandonado países gobernados por gobiernos marxistas. A pesar de las murallas, rejas, fusiles y tiburones, se prolonga la sostenida corriente de personas que abandonan utopías revolucionarias.

Existe odioso contraste entre el número de refugiados creados por los regímenes marxistas y aquellos creados por otras autocracias: más de un millón de cubanos han dejado su tierra natal desde la llegada de Castro (un refugiado por cada nueve habitantes) comparados con cerca de 100.000 provenientes de Argentina, Brasil y Chile. En África, el número de refugiados que han abandonado Guinea y Guinea Bissau es cinco veces mayor de quienes han dejado Zimbabwe Rhodesia, lo que sugiere que la guerra civil y la discriminación racial son más fáciles de soportar para la mayoría de la gente, que la liberación al estilo marxista.

Más aún, la historia de este siglo no provee una base para esperar que los regímenes radicales totalitarios se transformen a sí mismos. En este momento hay mucha más probabilidad de una liberalización y democratización progresiva en Brasil, Argentina y

Chile que en el gobierno de Cuba; en Taiwán que en la República Popular China, en Corea del Sur que en Corea del Norte, en Zaire que en Angola, y así por el estilo.

Ya que muchas autocracias tradicionales permiten una respuesta y participación limitadas, no es imposible que la política de los Estados Unidos pueda alentar efectivamente este proceso de liberalización y democratización, siempre que ese esfuerzo no se haga cuando el gobierno en cuestión está peleando por su vida contra adversarios violentos, y las reformas propuestas estén dirigidas a producir un cambio gradual más que, inmediatamente, una democracia perfecta. Para lograr esto, se necesitan políticos que entiendan cómo las actuales democracias han llegado a ser tales. La historia es mejor guía que las buenas intenciones.

Una política realista que se dirija a proteger nuestro propio interés y ayude las capacidades de autodeterminación de las naciones menos desarrolladas, tendrá que enfrentar el desagradable hecho de que es muy poco probable que la insurgencia violenta encabezada por revolucionarios marxistas, si triunfa, conduzca a otra cosa que no sea una tiranía totalitaria. Intelectuales armados que citan a Marx, apoyados por las armas y asesores del bloque soviético, probablemente no serán reformadores agrarios, o simples nacionalistas, o socialistas democráticos. No importa cuán incomprensible esto pueda ser para algunos, pero los revolucionarios marxistas no son encarnaciones contemporáneas de los americanos que escribieron la Declaración de la Independencia, y no se contentan con establecer una coalición amplia en la cual tengan sólo una voz entre muchas.

Puede no ser siempre fácil distinguir entre los agentes de cambio democráticos y totalitarios, pero tampoco ello es muy difícil. Los auténticos revolucionarios democráticos buscan asegurar gobiernos basados en el consenso de los gobernados y creen que los hombres comunes son capaces de usar la libertad, conociendo su propio interés, escogiendo los gobernantes. Ellos no suponen, como los actuales líderes de Nicaragua, que será necesario posponer la elección por tres a cinco años, tiempo durante el cual pueden "sanar" la conciencia equivocada de casi todos.

Si, más aún, los líderes revolucionarios describen a los Estados Unidos como el bárbaro del siglo veinte, el enemigo de la gente amante de la libertad, el culpable del imperialismo, racismo, colonialismo, genocidio, guerra, entonces no son auténticos demócratas, o para decirlo suavemente, amigos. Los grupos que se autodefinen como enemigos deberían ser tratados como enemigos. Los Estados Unidos no son un poder racista y colonialista, no

practica el genocidio, no amenaza la paz mundial con actividades expansionistas. En la última década, especialmente, hemos mostrado una paciencia notable en todas partes y nos hemos responsabilizado "unilateralmente por la limitación en los gastos de defensa" recomendado por Brzezinski como apropiado para la era tecnetrónica. También, hemos ido más lejos y más rápido, que ninguna sociedad multiracial en el mundo o en la historia, en nuestros esfuerzos por eliminar el racismo doméstico.

Por estas y otras razones, una postura de continua autohumillación y disculpas vis-á-vis el Tercer Mundo no es moralmente necesaria ni políticamente apropiada. Tampoco es necesario o apropiado apoyar a enemigos confesos de los Estados Unidos, simplemente porque ellos invocan la retórica de la liberación popular. No es ni siquiera necesario o apropiado que nuestros dirigentes abandonen unilateralmente el uso de la fuerza militar para derrotar a la fuerza militar. El idealismo liberal no necesita ser idéntico al masoquismo, y tampoco necesita ser incompatible con la defensa de la libertad y el interés nacional.